

GACETA DEL ÁNGEL El llorar

GERMÁN DEHESA



¡Sigue el frío!. Vaya desde aquí un azorado y encomiástico saludo a esos heroicos mexicanos y mexicanas que se siguen levantando a las seis de la mañana, ¡se bañan!, desayunan y se van indistintamente a la escuela o al trabajo. Se puede decir que yo empiezo a dormir cuando ellos empiezan a trabajar. Por eso los conozco poco. Yo soy del México del segundo turno y, de seguir las cosas como van, pronto me daré de alta en el tercero. No sé si el dato que voy a proporcionar resulte útil para la historia de la ciencia en México, pero deseo avisar que mi despertador es térmico lo cual equivale a decir que no me despierto ni a mentadas de madre, a menos que mi organismo detecte en el ambiente una temperatura propia para la vida humana. Pienso que los que no proceden así y están aplandando las calles desde las seis o las siete se están comportando como homínidos que aun chapalearan en el fango original y primigenio. Aunque traigan corbata, les aseguro que debajo de la ropa todo su cuerpo está cubierto de hirsuta pelambrera. Son estos cromagnones descontinuados los que han construido la injusta fama de los madrugadores. Los que ya evolucionamos tenemos mecanismos mucho más finos para despertar y ¡lo olvidaba!, para dar ese segundo paso que nos lleve a salir de la cama y abandonar su mullida y cálida condición de vientre mater-

no con box spring. En las templadas temperaturas que solían reinar en la Ciudad de México, esta hora del despertar se ubicaba entre 8:30 y 9:00 de la mañana. Ante la onda gélida que azota a la Ciudad de los Palacios, este horario lo hemos corrido a las 10:30-11:00 con los inherentes problemas de ajuste. ¿Qué ocurre entonces?. A mí qué me importa, me contestará alguna lectora que seguramente se levantó a las 5 de la mañana y anda con el humor como agüita con Alka Seltzer. No sea perrona, señora, y deje que le cuente que, por lo menos para los evolucionados, la vida se transforma radicalmente con el mula frío.

Yo no sé si a ustedes les pase, pero a mí con el frío me dan ganas de llorar, no de llorar así con grandes aspavientos, ni alaridos; pero sí con un parsimonioso e incesante fluir de silenciosas lágrimas. Todavía no entiendo muy bien por qué para mí el frío es portador de tantas y tantas tristezas: las que ya estaban olvidadas, las que ya habían encontrado su acomodo en el alma, las que siguen vigentes pero que se han vuelto confortables; todas llegan como un desfile de mujeres enlutadas que podrían haberse escapado de alguna novela de Agustín Yáñez. Estos son para mí los molestos dones del frío. Por esto me sorprendió tanto el temprano telefonema de una cuata que es como la almendra de mi alma. Apenas me dio tiempo de contestar cuando de sopetón me dijo que me había soñado llorando sin cesar y sin consuelo.

Yo le contesté que venturosamente su sueño no se había cumplido sin aclararle que toda la noche había tenido frío y que para mí tener frío es eso exactamente: un llorar interminable. De cualquier manera, le agradecí largamente su telefonema. Colgué y sopesé la posibilidad de dar el matutino paso número 3 que consiste en el acto circense de meterse a la regadera. Son unos cuantos segundos de desnudez, pero son terribles cuando el frío ataca. Sentado al borde de mi cama, en esto pensaba cuando volvió a sonar el teléfono. Al otro lado de la línea se oía como música de cámara: era mi amigocha la Bella Fromow que "nomás quería saludarme y mandarme un beso". O sea que tenía razón Gorostiza al decir: "Tiene el amor feroces galgos morados/ pero también sus mieses, también sus pájaros". Entre el frío hoy he recibido mieses y pájaros.

HOY TOCA.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MCDXXIX (1429)

Los perversos, los narcos, los asesinos, los traficantes ya tienen yerta el alma. Una gripita y adiós.

Cualquier correspondencia con esta columna que entra en calor, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

